

ALFAGUARA


Antonio Martínez
Sarrión

Escaramuzas (Dietario III)
(2000-2010)

Para Concha Gómez Conde y Juan Cobos

«Gané las escaramuzas y perdí las batallas.»

PEDRO MOURLANE MICHELENA

Titulares de primera página, nada más comenzar el año 2000, comunican esta bienaventuranza: la contaminación atmosférica causa más muertes que el cáncer y los accidentes de tráfico juntos.



Tejer y destejer heracliteo, aplicado a los idiomas: éstos, escribía Valle-Inclán, en *La lámpara maravillosa*, nos hacen y nosotros «hemos de deshacerlos». No para quedarnos mudos, es de suponer, aunque Samuel Beckett, tan grande como Valle, no desecharía tal posibilidad.



El bullente libelista francés de derechas Revel publicó en 1988 un libro, *Le connaissance inutile*, que obtuvo el Premio Chateaubriand de ensayo. Allí se leía que «la primera de las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira». Uno, cándido, pensó que el francés iba a enzarzarse en la venerable cuestión de la verdad. Craso error. Muy a ras de tierra, arremete, por ejemplo, contra dos franceses, autores de un libro de texto de literatura, destinado a la segunda enseñanza. Se enfurece el dómine, porque mienten acerca de las razones por las que cayó el régimen de Allende. Asimismo, porque no di-

cen que Lorca fue asesinado «más por razones personales que políticas». También intenta meter bronca por la cita incorrecta de la *Oda a Roosevelt* de Darío, que en el original anteponía, al apellido del yanqui, su nombre: Theodore. Corro a mi edición Aguilar con las poesías completas del nicaragüense. La composición apareció primero en la revista chilena *Pluma y Lápiz*, número del 29 de mayo de 1904, incorporándose después a *Cantos de vida y esperanza* ese mismo año. Luego el editor apunta dos variantes del texto y punto final. De haber precedido el Theodore al apellido del prócer, en cualquiera de las versiones, ¿se hubiera dejado de consignar? Poco probable. Así que el señor Revel, paladín de la verdad, miente como un bellaco. Luego hay que echar el libro al cubo de la basura. Lo cual me apresuro a hacer, pensando que el conocimiento —en esta ocasión del dato— puede que no sea siempre y forzosamente inútil, cuando revela, reiteradamente —Allende, Lorca— una voluntad torticera.



En la confusión que siguió al condenable asesinato en Madrid de un teniente coronel del Ejército, un policía de paisano, sin duda a causa de los nervios, disparó y mató a un viandante, confundiénolo con el asesino. La juez del caso pone al policía en libertad sin fianza, basándose en los informes que la propia Policía aportó. Mal vamos, si el poder judicial, garante en último término del funcionamiento de una democracia, actúa de la forma en que lo ha hecho uno de sus miembros.



Dos estudios, independiente el uno y de la Reserva Federal USA el otro, certifican que, durante los noventa, la brecha entre ricos y pobres se hizo mucho mayor, pese a la supuesta opulencia y el crecimiento. Con las políticas monopolistas, que no cesan, parece imposible que la tendencia se invierta y corrija. Conque a esperar otra década y otra noticia, que no supondrá, sospecho, sorpresa alguna.



Puesto que el gran logro de la literatura patria, en los noventa —según el publicista Millás—, consiste en que los autores hayan evitado los corsés ideológicos y literarios, a partir de ahora he decidido ponerme —más ajustado que el corsé de Scarlett O’Hara— no sólo esta prenda, sino una albarda, una bota malaya, un cinturón de castidad y tal vez una armadura al completo. Todo ello con humildad de pecador y a modo de penitencia y rogativa para que la «dimensión diferente» de los autores hispanos (sigue Millás) crezca aún más, llegue a adquirir «estatura churchilliana» —como pensaba Pound de la maldita usura— y a convertirse en incalculable, inalcanzable e inconcebible. Es gracia que desea alcanzar de la reconocida, etc., etc., etc.



En el vértice de los días más helados de fines de enero, tras el rezo del rosario y todavía sin encender la luz eléctrica, una voz tristona rompía así la bolsa de

silencio que se había formado: «¡Anda!, a ver si das con la badila y le echas una firma al brasero». Luego, sostenido mutismo otra vez y el angustioso tic tac del reloj del recibidor.



Contra todo esteticismo en el cine: «Nada de fotografía bonita, nada de imágenes bonitas, sino imágenes y fotografías necesarias» (Robert Bresson).



Contra el nihilismo, cáncer mayor de la cultura: «Así que, si elogiáis la duda / no elogiéis / la duda que es desesperación» (Brecht).



De cómo ha variado el significado de los conceptos. En los «prodigiosos» sesenta, la unidimensionalidad marcusiana apuntaba al individuo alienado por la sociedad de consumo, a partir de la posguerra, igual que lo hacía otra acuñación del mismo pensador, que hizo furor: la «desublimación represiva» en el plano erótico. Pero hete aquí que, en el umbral del tercer milenio, el señor Robert Cooper, director de la Región Asia-Pacífico, en el Departamento de Estado USA, nos adoctrina en que cuando la sociedad está mejor educada (esto es, abierta de piernas acriticamente a la globalización, esto lo añade uno) la identidad de las personas gana en complejidad y se eliminan la sencillez (valor nefasto) y la «unidimensionalidad», que aquí significa identidad

nacional, demoníaca en los demás y buena para la «clase gozante» (como diría mi maestro Miguel Espinosa) del Imperio. Desde luego que esto se calla por el Mr. ¿Cómo llamar ahora a esta alienación a la enésima potencia? Se abre un turno. A mí se me ocurre un pobre neologismo: «Cibercacapullamiento».



A raíz del asesinato por ETA en Álava de un diputado socialista, aparece en un diario madrileño un escrito de Patxi Zabaleta para efectuar lo que titula «Análisis político de un atentado». De «análisis» y de «política», ni rastro, con poner «atentado» bastaba. En realidad, sobraba todo el artículo. Como sobra toda la gente así, a la cual, sin embargo, yo no eliminaría ilegalmente en las «cloacas» del Estado. El tal Zabaleta, cercano a la banda, redondea la faena con esta prosa, que se quiere solemne y doctoral y es sólo incomprendible: «¿Qué duda cabe de que la reacción que provocan los arrogantes llamamientos y anuncios, de acabar policialmente con ETA, es justamente la denostación de lo contrario?». Se continuaría a dos velas si, en vez de «denostación», pusiéramos «demostración» o «demolición». Me entero luego de que, en la televisión vasca, se emitió un debate cara a cara entre este cernícalo y Savater, el cual es de suponer que acabaría rápido con el «cráneo privilegiado» de los abertzales.



Otra «vuelta de tuerca». Leo: «El nacionalismo no puede justificarse en países poderosos. Sí en países oprimidos, sí en países perseguidos, porque tienen que

perseguir la identidad». ¿El Albiac de los setenta? ¿Sádaba? ¿Edward Said? ¿El mismísimo Gadafi? Nunca lo adivinarían, nunca: el anciano Jorge Luis Borges, si nos podemos fiar de Rosa Majián en su libro *Conversaciones con J. L. B.*, Ediciones Culturales, 1985.



Y de las proximidades borgeanas: nada he visto más feo, ni de gusto más agresivo, desagradable y «guerra fría», que los vestidos y peinados, pero sobre todo las gafas de sol con montura de plástico blanco, de las talludas hermanas Ocampo (Victoria y Silvina) en los cincuenta del siglo pasado, que ya no es (difícil adecuarse) el XIX.



Argumentaba muy bien Juan Benet sobre la dirección libérrima con la que «soplaba el espíritu», sin tener demasiado en cuenta cumbres o posos de cultura locales, regionales, nacionales o imperiales. De lugares tan poco cultos o extremadamente decadentes como Alejandría, Lisboa, Calanda u Oxford (Misisipi) salieron genios: Cavafis, Pessoa, Buñuel o Faulkner. Contra esta opinión milita Borges —otra vez—, del cual gustaba Benet más bien poco. El argentino sostiene que la floración de grandes escritores USA del siglo XIX hubiera sido impensable sin la revolución e independencia americanas. Ni Canadá, ni Australia, ni Nueva Zelanda dieron grandes figuras.

